

# Las piedras suplican auxilio. Arqueólogos, huaqueros y autoridades locales en Chavín de Huántar (1870-1945)

RAÚL HERNÁNDEZ ASENSIO

*Instituto de Estudios Peruanos*

rasensio@iep.org.pe

---

## **RESUMEN**

*Este artículo estudia la historia de la puesta en valor de Chavín de Huántar entre 1870 y 1945. El análisis de las distintas iniciativas al respecto nos permitirá adentrarnos en la diversidad de relaciones de colaboración y competencia que involucraron a arqueólogos profesionales, especialistas locales, huaqueros, viajeros, intelectuales regionales, funcionarios públicos y autoridades políticas. Cada uno de estos colectivos tenía sus propios objetivos, estrategias e intereses. Este entramado de relaciones es clave para comprender los discursos y las prácticas que configuraron la etapa inicial de la arqueología en el Perú.*

*Palabras clave:* Arqueología, Chavín de Huántar, huaqueros, Julio César Tello, museos

## **ABSTRACT**

*This study delves into the complex exchange between professional archeologists, local specialists, huaca looters, travelers, local intellectuals, public officials, and political authorities over the value of Chavín de Huántar between 1870 and 1945. Stakeholders had different objectives, strategies, and interests. An insight into this interweaving of relationships is key to understanding the discourses*

*and practices that were an integral part of the development of archeology in Peru in its initial phase.*

**Key Words:** *Archeology, Chavín de Huántar, Huaca looters, Julio César Tello, Museums*

Un cerco de policías impide el acceso del público. Al fondo, un edificio de diseño extraordinariamente moderno es el escenario de la ceremonia. Suenan *pututus*. Después vienen los discursos, largos y llenos de palabras solemnes. Entre los asistentes al evento se encuentra el presidente de la república, Alan García Pérez. Poco antes, el helicóptero que lo transportaba ha alterado la calma de la tarde serrana. También se encuentran otras importantes personalidades. Su presencia en el callejón de Conchucos se debe a la inauguración del Museo Nacional de Chavín, construido con fondos del gobierno peruano y con un importante aporte de la cooperación japonesa. Con su barroco estilo habitual, García habla del orgullo de ser peruano, de la bendición que suponen los tesoros arqueológicos, de la herencia esplendorosa del pasado, de la promesa de futuro que atraviesa las ruinas.

El rotundo presidente continúa hablando. Su discurso es una muestra de la manera compleja en que la arqueología se imbrica con las narrativas de la identidad peruana y con los nuevos paradigmas del desarrollo. Es también un ejemplo de los desafíos asociados a la práctica de la arqueología en un país como el Perú, atravesado por profundas fisuras de clase, raza y cultura. Mientras García ofrece el museo como una prueba de su amor por Chavín, como reconocimiento a sus pobladores, herederos del capítulo más glorioso de la historia antigua de América, los habitantes de la localidad permanecen alejados de la escena. Sus gritos pidiendo que Chavín se convierta en capital de una nueva provincia apenas se escuchan entre los aplausos y el sonido de los *pututus*. Tampoco aparecen en ninguna de las crónicas de prensa que al día siguiente dan cuenta del evento.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> La conversión de Chavín en provincia es un anhelo presente desde la década de 1950. En la campaña electoral de 2006, el proyecto había sido recuperado por Alan García,

Esta escena es representativa de muchas de las contradicciones que se anudan en torno del reciente auge de la arqueología peruana: su carácter de espectáculo público, el involucramiento de los políticos, el peso de los discursos identitarios, las grandes inversiones en museos y el ambiguo papel de las poblaciones locales, al mismo tiempo reivindicadas y excluidas. En pocos países, la arqueología tiene un papel tan prominente en la escena pública. Esta centralidad es el resultado de un proceso de larga duración, articulado en torno de la idea de un vínculo de continuidad entre el legado arqueológico y el Perú contemporáneo. Sin embargo, como muestran los sucesos ocurridos en la inauguración del museo de Chavín, esta relación no ha estado exenta de problemas. Frente a una visión heroica de la arqueología, centrada en las hazañas de los arqueólogos, trabajos recientes muestran un panorama mucho más complejo y matizado. La arqueología, como cualquier otra disciplina científica, es un campo de pugnas académicas y políticas, con una compleja historia desde la aparición de los primeros arqueólogos profesionales a finales del siglo XIX hasta la actualidad.

Este artículo se inserta en la incipiente corriente de revisión crítica de la historia de la arqueología en el Perú.<sup>2</sup> Frente a la mirada tradicional, que

lo que explica el ánimo adverso de la población durante la inauguración del museo. Sin embargo, no aparece ninguna referencia a estos incidentes en la amplia cobertura realizada por el principal medio de comunicación escrito peruano. Ver Cárdenas M., Miguel Ángel. «Un homenaje al padre de la arqueología peruana. Museo Nacional de Chavín revive el máximo sueño de Julio C. Tello». *El Comercio* (20 de julio de 2008). Más sensible se muestra el siguiente artículo: Paz, Maribel de. «Chavín cambia de cara». *Caretas* (26 de julio de 2008). La autora señala que los habitantes de Chavín eran «ajenos a tanto afán científico» y se mostraban más preocupados por el estado de la pista y la interrupción constante del fluido eléctrico en la localidad.

<sup>2</sup> En esta línea, tres estudios de síntesis recientes sobre los avances en la historiografía de la arqueología peruana son los siguientes: Herrera, Alexander. «El futuro del pasado: arqueología andina para el siglo XXI». En *Arqueología en Latinoamérica: historias, formación académica y perspectivas temáticas (Memorias del Primer Seminario Internacional de Arqueología)*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2008, pp. 167-186; Tantaleán, Javier. «El pasado tras del espejo: arqueología y nacionalismo en el Perú». En Nastro, Javier y Lúcio Menezes Ferreira (eds.). *Historias de arqueología sudamericana*, Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara-Universidad Maimónides, 2010, pp. 137-165; y, también de Tantaleán, «Las miradas andinas. Arqueologías y nacionalismos

enfatisa el papel de los arqueólogos como héroes culturales, esta visión crítica sostiene que en nuestro país el desarrollo de la arqueología está estrechamente unido a un proceso de apropiación física y simbólica de los restos prehispánicos por parte del Estado. Esta apropiación se habría sostenido sobre un doble pilar: la elaboración de un relato homogéneo de la nación, la cual reclama para sí todos los vestigios prehispánicos, en tanto reliquias de la patria, y la consolidación de un cuerpo profesional de arqueólogos, imbuido de un profundo sentimiento nacionalista. En las siguientes páginas, partiremos de estas ideas. Postularemos, sin embargo, que la apropiación estatal de los restos prehispánicos es un proceso menos lineal de lo que la literatura crítica tiende a presentar. Por un lado, se trata de un proyecto fragmentario, que no es compartido uniformemente por las elites nacionales. Tiene que ver con agendas personales y profesionales, y no puede ser considerado un proyecto de clase, al menos hasta comienzos del siglo XX. Por otro lado, junto con la apropiación estatal, existen también otros proyectos patrimonializadores, impulsados por las elites locales y regionales, que no siempre coinciden con el proyecto de sus pares nacionales, aunque compartan algunos de sus referentes y objetivos.

Estos elementos configuran una mirada sobre la historia de la arqueología peruana que enfatiza la interacción entre los aspectos estructurales y las agendas personales de sus protagonistas. El objetivo es recuperar el análisis del factor humano, es decir, el amasijo de proyectos, resentimientos, ambiciones, deseo de reconocimiento y frustraciones que tejen las relaciones cotidianas entre las personas. Veremos que la práctica de la arqueología está basada en múltiples negociaciones cotidianas entre actores diversos. El eje del artículo es la historia de Chavín de Huántar entre 1870 y 1945. El trabajo comienza con una mirada a los primeros relatos sobre las ruinas de Chavín y su influencia en las narrativas de la historia nacional. Sigue con un recuento de los esfuerzos de las elites

en el Perú del siglo XX». *Arqueología Suramericana / Arqueología Sul-americana*. IV/1 (2008), pp. 34-52. Estudios particulares referidos al tema de este artículo se citan más adelante.

locales y de las nacionales por apropiarse de los restos como parte de sus propios proyectos hegemónicos. El análisis de estas iniciativas nos permitirá adentrarnos en la diversidad de relaciones de colaboración y competencia que involucran a arqueólogos profesionales, especialistas locales, huaqueros, viajeros, intelectuales regionales, funcionarios públicos y autoridades políticas. Cada uno de estos colectivos tiene sus propios objetivos, estrategias e intereses. Este entramado de relaciones es clave para comprender los discursos y las prácticas que configuran la etapa inicial de la arqueología en el Perú.<sup>3</sup>

### CHAVÍN ENTRA EN LA HISTORIA

La fama actual de Chavín se debe sobre todo al empeño de Julio C. Tello, el más conocido de los arqueólogos peruanos de la época heroica de la disciplina. Sin embargo, cuando Tello viaja por primera vez a Chavín en 1919, el lugar ya era un referente importante en los debates sobre el pasado de nuestro país. Las primeras noticias se deben a las descripciones de los viajeros del siglo anterior, que pese a ser incompletas y poco científicas, despiertan el interés por las ruinas. El más importante de estos viajeros es Antonio Raimondi, quien visita la localidad en 1869. El erudito italiano es el primer gran divulgador de Chavín. Sus viajes y crónicas se publican en los principales periódicos de la capital, lo que hace que tengan una repercusión mucho más amplia que los relatos de sus predecesores. Su descripción del ambiente opresivo y mágico de los pasadizos subterráneos influye en muchos viajeros posteriores, que repiten la experiencia como parte de su estancia en el Perú. También es el primero en identificar la deidad central de la cultura Chavín con

<sup>3</sup> Para la elaboración de este artículo, fue fundamental el trabajo de Francisco Lobo Collantes, historiador de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, quien me apoyó, con su incansable energía, en la búsqueda de fuentes documentales y el rastreo de archivos periodísticos. Asimismo, quiero agradecer a Ludwig Huber, Rafael Nova Arismendi y Patricia Olivera Paredes, quienes me ayudaron durante el trabajo de campo en Chavín de Huántar. Igualmente, a los dos revisores anónimos y a los editores de la revista *Histórica*, quienes contribuyeron a detectar y corregir los errores y problemas que existían en las primeras versiones del artículo.

el genio del mal, y en sugerir analogías entre este lugar y Tiahuanaco. Estos temas se van a repetir constantemente en los años siguientes y van a marcar los primeros debates científicos sobre Chavín.

El erudito italiano protagoniza también los primeros esfuerzos de patrimonialización del lugar. Su principal mérito consiste en llamar la atención sobre la que luego sería conocida como «estela Raimondi». Se trata de una lámina de casi dos metros de altura que inmediatamente se convierte en una «reliquia de la patria», es decir, en un objeto singular que sirve para anudar los relatos sobre el pasado nacional. La pieza había sido descubierta en algún momento de la década de 1850 por Timoteo Espinosa, uno de los personajes relevantes de la elite chavina de esos años. Raimondi queda impactado por las figuras talladas en su superficie, que describe como una «caricatura de hombre, que tiene en sus manos una especie de cetro formado por haces de culebras». <sup>4</sup> Consciente de su importancia, propone trasladarla a Lima. «El monumento debería conservarse con gran cuidado en el museo nacional —señala en su cuaderno de notas— porque da una exacta idea del grado de desarrollo que había alcanzado el simbolismo, el dibujo y el arte de trabajar las piedras entre los antiguos indios». <sup>5</sup>

El enfoque de Raimondi es característico de la arqueología de finales del siglo XIX, centrada en reunir los restos materiales más importantes de cada cultura, para luego elaborar con ellos un relato unitario de la nación. Esta lógica se complementa con una mirada muy negativa de la actitud y los conocimientos de los habitantes contemporáneos de Chavín. El científico italiano critica la versión popular que veía en las ruinas una fortaleza militar. También desestima las historias sobre grutas subterráneas que atravesarían el Mosna y se prolongarían al otro lado del río. Todos estos relatos eran, a su juicio, una muestra de la distancia cultural entre los pobladores recientes de Chavín y los antiguos constructores de los monumentos. La idea se refuerza con valoraciones

<sup>4</sup> Raimondi, Antonio. *Notas de viajes para su obra El Perú*. Lima: Imprenta Torres Aguirre, 1942, t. II, p. 150.

<sup>5</sup> *Ib.*, loc. cit.

negativas sobre la calidad de las viviendas y las costumbres locales, que Raimondi describe con palabras muy duras. «No hay más que el deseo de hallar tesoros —señala—, lo que redundará en arrasar el mejor monumento, tal vez, que se conserva de los antiguos peruanos, que está casi en escombros». <sup>6</sup> Para evitar esta destrucción, defiende la necesidad de que el Estado intervenga de manera directa, apropiándose del monumento, especialmente de las piezas más valiosas, que debían ser conservadas en Lima para disfrute de toda la nación.

En 1874, Raimondi logra que el presidente Manuel Pardo ordene el traslado de la estela descubierta por Espinosa. La idea era exhibir la pieza como parte de un conjunto de reliquias nacionales de similar categoría. Sin embargo, este objetivo no llega a concretarse. La complicada coyuntura política de esos años determina que la exposición nunca tenga lugar. En 1892, José Toribio Polo señala haber encontrado la estela en muy mal estado de conservación,

en donde menos la pensé, en uno de los parques entre el club Revólver, a la espalda del palacio, junto a una acequia, bajo de un ficus y sobre dos palos; teniendo al lado el tosco marco negro de madera en que estuvo colocada. Expuesta a la intemperie en un lugar no muy transitado, como para que no sea vista, y hasta ahora poco, al alcance de niños traviosos que retozaban sobre ella. <sup>7</sup>

Este fracaso es un ejemplo de las dificultades que encuentra el proyecto patrimonializador de las elites culturales limeñas. El patrimonio era todavía una preocupación muy secundaria en los ambientes políticos de la capital. El traslado de la estela Raimondi constituye, sin embargo, un hito importante desde el punto de vista científico. Su presencia en Lima contribuye a renovar los debates sobre el pasado peruano, que entran en una etapa muy dinámica. El propio Polo publica en 1899 un estudio monográfico sobre el significado de la

<sup>6</sup> Ib., p. 151.

<sup>7</sup> Polo, José Toribio. «La piedra de Chavín». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. IX (1899), pp. 192-231.

pieza, en el que defiende su relación con las culturas africanas y asiáticas.<sup>8</sup> Poco después siguen otros textos en la misma línea difusionista. Ernst Middendorf vincula el hallazgo a la cultura Tiahuanaco del lago Titicaca, mientras que Manuel González de la Rosa señala a México y Yucatán.<sup>9</sup> Estos trabajos son parte del debate sobre el origen endógeno o exógeno de la cultura andina, en plena ebullición en ese momento. Se entroncan también con nuevos discursos en torno a las ruinas, como veremos en las siguientes páginas.

### LOS INICIOS DE LA VALORIZACIÓN LOCAL

El traslado de la estela Raimondi a Lima supone cambios importantes en la actitud local hacia los vestigios de Chavín. Es el punto de ruptura de un proceso iniciado décadas antes, con la llegada de los primeros viajeros. En adelante, los restos prehispánicos van a ser mirados no solo como un recurso potencial, sino también como fuente de orgullo e identidad locales. La nueva actitud puede entreverse en numerosas referencias de los textos de la época. «En muchas casas —señala Raimondi— se pueden ver piedras labradas que han sido sacadas del castillo antiguo; entre estas piedras se debe citar en primera línea la que tiene don Timoteo Espinoza [...], además tres cabezas de leones que se hallan incrustadas en la pared del patio de la casa del señor don Juan Palacios».<sup>10</sup> Cuatro décadas más tarde, esta práctica se percibe también en localidades de los alrededores. Tello señala haber encontrado en el poblado de Qaicho, «en los muros de la choza de

<sup>8</sup> Ib. Este texto tuvo varias ediciones entre 1892 y 1900, primero bajo la forma de artículos, publicados en diferentes revistas, y finalmente como libro. Un análisis al respecto en Dager Alva, Joseph. «La historiografía peruana de la segunda mitad del siglo XIX. Una presentación inicial a través de la obra de José Toribio Polo». *Revista Complutense de Historia de América*. 26 (2000), pp. 135-179.

<sup>9</sup> Middendorf, Ernst. *Peru. Beobachtungen und Studien über des Land und seine Bewohner während eines 25 Jährigen Aufenthalts*. Berlín: Robert Oppenheim, 1893-1895, 3 vols. El texto de González de la Rosa es citado en Kauffman Doig, Federico. «Los estudios de Chavín». *Fénix*. 14 (1964), pp. 145-249.

<sup>10</sup> Raimondi, *Notas de viajes*, t. II, p. 150.



Amadeo Laguna, [...] fragmentos de lajas grabadas y una cabeza clava escultórica». <sup>11</sup> Incluso era habitual encontrar vestigios prehispánicos en zonas bastante alejadas, como San Marcos y Yurakyako. En esta última localidad, según Tello, existían «trozos de estelas y obeliscos, cabezas clavadas pequeñas y otros objetos artísticos de piedra, que han sido trasladados para adorno de las casas de vecinos notables o para el embaldosado de las calles». <sup>12</sup>

A finales del siglo XIX, la práctica de adornar edificaciones con restos prehispánicos se traslada también al espacio público. En 1876, Charles Wiener señala haber visto en el muro del cementerio de Huari «una piedra antigua que representa una cabeza en alto relieve. Es horrible, pero muy interesante, ya que, cosa rara, por su abierta boca vertía otrora sus ondas una acequia antigua». La costumbre parece haber estado bastante extendida, no solo en las capitales distritales, sino también en pequeñas localidades rurales. Es frecuente encontrar restos prehispánicos reutilizados en iglesias y capillas, como las de Yauya y Matibamba, donde existía «un mortero ceremonial en figura de cóndor». <sup>13</sup> También en la iglesia de Chavín había una estela prehispánica, que servía de sostén a la pared de la torre. <sup>14</sup> En esta misma localidad, la puerta de la cárcel tenía «una piedra de origen prehispánico, que no podía retirarse, y de hacerlo, podía venirse abajo». <sup>15</sup> El uso de estas piedras era tanto estructural como simbólico. El mejor ejemplo es el puente Rumichaka, situado a las afueras de Chavín, sobre el río Mosna. Entre 1870 y 1920, este puente sufre varias modificaciones, como reflejo de la creciente importancia atribuida a los restos prehispánicos. Una fotografía de 1904 lo muestra adornado con cuatro cabezas clavadas de mediano tamaño. <sup>16</sup> Estas piezas eran una adición

<sup>11</sup> Tello, Julio C. *Chavín de Huántar*. Edición de Toribio Mejía. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1964, p. 149.

<sup>12</sup> *Ib.*, p. 50.

<sup>13</sup> *Ib.*, p. 156.

<sup>14</sup> *Ib.*, p. 186.

<sup>15</sup> *Ib.*, loc. cit.; Wiener, Charles. *Perú y Bolivia. Relato de viaje*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1993, p. 209.

<sup>16</sup> Enock, C. Reginal. *The Andes and the Amazon. Life and Travel in Peru* (Londres, 1907). Cit. en Espejo Núñez, Julio. «Notas de arqueología: Rumi Chaka de Chavín II». *La*

reciente, ya que no aparecen en las descripciones anteriores del puente. Tampoco se ven en la fotografía incluida en la edición alemana del libro de Middendorf sobre el Perú, cuyo primer volumen fue publicado en 1893. Todo hace pensar que las cabezas habían sido añadidas en algún momento a finales del siglo, como respuesta al interés que despertaban en los viajeros. Son, por lo tanto, una muestra del creciente aprecio local hacia las ruinas.

Esta apropiación simbólica de los restos prehispánicos tiene su punto culminante en determinados barrios, como Raku, vinculado directamente a los antiguos vestigios. Sus particularidades son resaltadas por casi todos los viajeros que llegan a Chavín en esta época. Hasta la actualidad, sus habitantes se consideran dotados de una habilidad especial para localizar restos prehispánicos. Tienen fama de ser excelentes huaqueros y artesanos de primer nivel. Estas destrezas se atribuyen a una conexión especial con el monumento y con sus «guardianes», resultado de la convivencia cotidiana. Antes de la llegada de los arqueólogos, las viviendas de Raku parecen haber estado plagadas de objetos interesantes. El propio Tello resalta la particular idiosincrasia de este barrio:

Raku es un rincón pintoresco, donde hay más de veinte casas rústicas con sus huertas, acequias, caminos y arboledas de eucaliptos, melocotoneros, capulíes [...]; en el subsuelo de este atractivo lugar emergen, aquí y acullá, grandes bloques de roca en hilera, indicando la presencia de muros ciclópeos o de terrazas que corren en dirección norte a sur, perdiéndose unos por debajo de las masas de tierra descendidas de las faldas del cerro Qotopuqui y otros conectándose con otras hileras de piedras que corren a lo largo de la orilla derecha del río Wacheqsa.<sup>17</sup>

El cambio de actitud local hacia las ruinas se consolida a principios del siglo XX. En concreto, son dos los elementos a resaltar en este momento: el creciente uso de los objetos prehispánicos para representar la identidad colectiva de Chavín y las primeras iniciativas de las autoridades del lugar para poner los restos prehispánicos bajo su control. El resultado es un

*Tribuna* (4 de abril de 1958).

<sup>17</sup> Tello, *Chavín de Huántar*, p. 116.

incipiente proyecto local de patrimonialización, que corre en paralelo con las pretensiones de la elite limeña de apropiarse del monumento. Entre ambos proyectos existen tensiones y puntos de contacto. El primer indicio de esta forma de pensar lo encontramos en 1908. Ese año, «un hombre mestizo, de barba larga y poblada, de sesenta años de edad», don Trinidad Alfaro, descubre el que después sería llamado «monolito Tello». <sup>18</sup> Se trata de una estela de más de tres metros de altura, que pronto se convertiría en otro gran referente de la cultura Chavín. Tras el hallazgo, siguiendo una práctica habitual hasta ese momento, Alfaro trata de trasladar el monolito a su vivienda. Es probable que su intención fuera vender la pieza o destinarla a alguna función utilitaria. Su pretensión encuentra la oposición de varios vecinos, encabezados por el gobernador Martín Barrón, quienes impiden el traslado. Barrón, entonces, lleva la piedra a la iglesia principal de Chavín, donde Santiago Antúnez de Mayolo señaló haberla visto en 1915. <sup>19</sup> Esta actitud «proteccionista» contrasta con lo ocurrido décadas antes, cuando el traslado a Lima de la estela Raimondi se había realizado sin oposición local. Supone un primer ejemplo del interés de las autoridades de Chavín por administrar lo que empieza a percibirse como un bien colectivo, trasladando su control del ámbito privado al ámbito público.

La actitud de Barrón no es casual. Coincide con el inicio de una carrera por apropiarse de las piezas más valiosas de la cultura Chavín, en la que intervienen actores públicos y privados. En paralelo al surgimiento de esta actitud proteccionista por parte de las autoridades locales, crece el comercio de restos arqueológicos, que implica a varios de los vecinos más destacados de la localidad. <sup>20</sup> Las piezas más valoradas son las estelas grabadas,

<sup>18</sup> Ib., p. 144.

<sup>19</sup> Antúnez de Mayolo, Santiago. «A propósito del Castillo de Chavín». *El Comercio* (2 de agosto de 1916).

<sup>20</sup> Espejo Núñez, Julio. «Notas de arqueología: Monumentos arqueológicos en el piso superior del valle de Chavín». *La Tribuna* (16 de agosto de 1959). Espejo fue uno de los asistentes de Tello durante su expedición a Chavín en la década de 1930. La información de los numerosos artículos que publicó en los años cincuenta, varios de los cuales utilizaré en el presente ensayo, procede de dicha expedición y puede, por lo tanto, ser datada en la época de nuestro estudio.

que se venden a intermediarios para su traslado a Huaraz o Lima, a veces incluso con permiso de las autoridades.<sup>21</sup> Hay que tener en cuenta, en este sentido, que la práctica de regalar objetos prehispánicos era común en esta época entre las elites peruanas. El propio Tello señala haber recibido varios regalos de este tipo. Otra costumbre era la de arrancar esquiras de las piezas más famosas, bien para recuerdo o para su venta posterior. Esta práctica parece haberse extendido a finales de la década de 1910, conforme crece la fama de Chavín. Por lo general, quienes la acometían eran viajeros en busca de recuerdos de su paso por la localidad. En otros casos, estas esquiras también pueden haber sido utilizadas en pagos a la tierra o en otro tipo de rituales propiciatorios de la zona.<sup>22</sup>

Otro grupo de especialistas locales que se consolida en estos años es el conformado por los que podríamos llamar «arqueólogos aficionados» o «sabios locales». A diferencia de los huaqueros, para este colectivo el atractivo económico no es el principal impulso. Se trata de integrantes de las familias de la elite local, imbuidos con los nuevos discursos sobre el pasado peruano. También pertenecen a este grupo médicos, funcionarios o sacerdotes a los que el desempeño de su profesión lleva hasta el callejón de Conchucos. En su tiempo libre, recopilan leyendas locales sobre las ruinas y organizan sus propias excavaciones privadas. Algunos de ellos llegan a tener colecciones relativamente importantes, mencionadas por Tello y otros arqueólogos.<sup>23</sup> Para este colectivo, el estudio del pasado es una manera de reafirmar su posición social, como elites periféricas vinculadas a las elites intelectuales de la capital.<sup>24</sup> Esta actitud los diferencia

<sup>21</sup> Tello señala que «durante los últimos años han sido extraídas clandestinamente varias cabezas escultóricas de humanos y animales, las que se encuentran en poder de particulares y coleccionistas de Huaraz, Chiclín, Lima y [de] algunos museos del extranjero» (*Chavín de Huántar*, p. 50).

<sup>22</sup> La venta de piezas y su uso en ceremonias religiosas tampoco son excluyentes entre sí. Diversos autores han señalado, para el caso de otros yacimientos, la existencia de un comercio local de piezas arqueológicas vinculado a su empleo dentro de prácticas mágico-religiosas.

<sup>23</sup> Tello, *Chavín de Huántar*, pp. 50 y 149.

<sup>24</sup> Un análisis al respecto en Smith, Kimbra L. «Looting and the Politics of Archaeological Knowledge in Northern Peru». *Ethnos*. LXX/2 (2005), pp. 149-170. Esta autora

de los huaqueros y los acerca a los arqueólogos profesionales, con quienes comparten referentes intelectuales y una ideología nacionalista. Su surgimiento se relaciona con la consolidación de la escuela, la prensa y la producción editorial, que en esta época empiezan a estar disponibles para las elites rurales.

La relación entre arqueólogos profesionales y sabios locales no siempre es sencilla. Existe colaboración, pero también competencia. Los segundos son atacados duramente por los primeros en su intento por asegurarse el control de los vestigios prehispánicos. Se les acusa de tratar de manera poco cuidadosa las ruinas, de priorizar sus intereses personales o de fomentar la reivindicación local o regional, antes que los intereses nacionales. Estas críticas traslucen las propias ansiedades de los arqueólogos en su proceso de consolidación profesional. Frente a las pretensiones de los sabios locales, buscan legitimar su control sobre las ruinas con un discurso que enfatiza su doble condición de científicos y representantes de la nación. Estas tensiones se evidencian en la trayectoria de un personaje clave de esta etapa, el alcalde Humberto Hidalgo, a quien se debe el intento más serio y sistemático de poner en valor el monumento en beneficio de las elites locales. Hidalgo es un alcalde modernizador, característico de esta etapa de la historia peruana. Su personalidad amalgama rasgos de cacique tradicional, funcionario ilustrado y sabio local. Entre sus obras, se encuentran el tendido eléctrico y la primera escuela de educación secundaria del sur de Conchucos.<sup>25</sup> En paralelo a su labor de alcalde, recopila datos sobre el pasado de Chavín y participa en excavaciones con otros vecinos notables. En 1922, descubre en Pogog

hace una radical diferenciación entre los que denomina «huaqueros tradicionales» y los «huaqueros económicos». En el caso de Chavín a inicios del siglo XX, esta diferencia no parece haber sido tan radical. Existen indicios de que, aunque no era su interés principal, algunos arqueólogos aficionados también habrían participado en el comercio de objetos prehispánicos. En este sentido, estarían en un punto intermedio entre los «hacendados huaqueros» característicos de la costa norte en esos años y los modernos «huaqueros tradicionales» de Smith.

<sup>25</sup> Coral García, Adrián. «El desastre de Chavín». *El Comercio* (21 de enero de 1949).

el fragmento de una estela semejante a la estela Raimondi.<sup>26</sup> Cinco años después, participa en el rescate de varias cabezas clavas desenterradas durante las obras de rehabilitación de la carretera de acceso a la localidad. El resultado de estos esfuerzos es una monografía elogiada por Tello y otros arqueólogos.<sup>27</sup>

A finales de la década de 1920, Hidalgo emprende su iniciativa más ambiciosa: reunir en un solo lugar las piedras prehispánicas que hasta entonces estaban dispersas tanto en Chavín como en otras poblaciones cercanas. En este empeño, le apoyan otros integrantes de la élite local. El objetivo es doble: evitar el saqueo y convertir Chavín en un destino turístico reconocido en el ámbito nacional. La colección alcanza más de cuarenta piezas, incluyendo algunas de las cabezas clavas recuperadas en las obras de la carretera. Los vestigios más importantes se concentran en la plaza de armas y en la municipalidad. Se trata de un primer esbozo de museo local, que sería imitado años después por Tello. Hidalgo se preocupa también de la conservación del monumento. En 1933, elabora un croquis de los cambios provocados por los deslaves de los ríos Mosna y Wacheqsa.<sup>28</sup> Ocho años antes, este último había socavado una parte de los muros periféricos, haciendo que «las paredes de la cámara en que se haya el gran lanzón [...] ha[ya]n principiado a derrumbarse [...], angostando el pasadizo, por lo que el derrumbamiento de tal sección del castillo es cuestión de tiempo».<sup>29</sup> Otra iniciativa de Hidalgo consiste en la reconstrucción del Rumichaka, el puente prehispánico que comunicaba las dos orillas del Mosna, que había quedado inhabilitado por una crecida del río. Por intermedio de los congresistas Alberto Arca Parró e Hildebrando Castro Pozo, Hidalgo logra seiscientos soles para la

<sup>26</sup> Espejo Núñez, «Notas de arqueología: Monumentos arqueológicos en el piso superior del valle de Chavín».

<sup>27</sup> *Ib.*; e Hidalgo, Humberto. «Apuntes monográficos de Chavín». Cit. en Tello, *Chavín de Huántar*, p. 244.

<sup>28</sup> Flores García, Martín. «La destrucción del castillo de Chavín». *El Comercio* (17 de diciembre de 1937).

<sup>29</sup> Antúnez de Mayolo, Santiago. «El castillo de Chavín en peligro de derrumbarse». *El Comercio* (13 de agosto de 1928).

reparación. En la consecución de este objetivo también colaboraron el prefecto departamental, el presidente de la corte superior de justicia de Ancash y el director del patronato arqueológico departamental.<sup>30</sup> Esta convocatoria muestra las conexiones de Hidalgo y el creciente interés de la elite ancashina por los vestigios de Chavín, presentados como emblema de la región y fuente de identidad. Se trata del punto culminante del intento local de puesta en valor de las ruinas, que desde ese momento pasan a ser también objetos de deseo de las autoridades limeñas.

### EL ARRIBO DE TELLO

El interés local por las ruinas está directamente relacionado con el creciente prestigio de Chavín. La figura clave en este proceso es Julio C. Tello, cuya relación con Chavín es muy estrecha. Sus cuatro expediciones suponen una transformación radical tanto en la imagen pública como en la fisonomía de las ruinas. Para Tello, Chavín es el referente más importante de la prehistoria peruana. La primera visita tiene lugar en 1919. La heterogénea composición de esta primera expedición muestra que en este momento la carrera de Tello está aún en una etapa inicial. La comitiva incluye dos estudiantes de sexto año de la Facultad de Medicina de la Universidad de San Marcos, dos dibujantes y dos ayudantes. En este viaje hay poco trabajo arqueológico. Tello registra los restos que están a la vista y comienza a intervenir en lo que será su principal aporte: la organización del sitio arqueológico. Entre otras cosas, ordena retirar las cabezas clavos que habían sido colocadas en el puente Rumichaka para dar a los viajeros una bienvenida con sabor local. Tello decreta su traslado a un lugar más seguro, «con fines y funciones más convenientes».<sup>31</sup> También realiza gestiones para el traslado a Lima del que luego sería

<sup>30</sup> Espejo Núñez, Julio. «Notas de arqueología: Rumi Chaka de Chavín III». *La Tribuna* (13 de abril de 1958).

<sup>31</sup> Esta información procede de Flores García, Martín. «El Rummi Zahkka de Chavín». *El Comercio* (16 de abril de 1955). Esta versión es corroborada en Espejo Núñez, Julio. «Notas de arqueología: Rumi Chaka de Chavín II». *La Tribuna* (4 de abril de 1958). Tello, sin embargo, no es claro con respecto al asunto. En determinado momento, señala que las cabezas habían desaparecido del puente y que una de ellas se encontraba

conocido como «monolito Tello», que en ese momento se encontraba en la iglesia principal por orden del gobernador Barrón.<sup>32</sup>

El punto culminante de este primer viaje es el análisis del llamado «lanzón», la gran pieza monolítica con representaciones animales y vegetales situada en el interior de los pasadizos subterráneos del templo principal. Este objeto había llamado la atención de todos los viajeros anteriores. Santiago Antúnez de Mayolo lo consideraba «muy superior a la piedra de Chavín» (es decir, la estela Raimondi) y creía que representaba «el Lingaam [sic] al que se tributaba culto en las civilizaciones primitivas de la India».<sup>33</sup> Tello tampoco escatima elogios. Califica al lanzón como la obra «más completa y artística del genio humano» y dedica varias páginas de su libro de notas a una minuciosa descripción de cada detalle.<sup>34</sup> Este texto es importante porque trasluce muchas de las ideas subyacentes en la manera de pensar de Tello. Por un lado, realiza una interpretación de las representaciones que le permite fundamentar su principal apuesta intelectual: el origen endógeno de la cultura andina. Por otro lado, la minuciosa descripción le sirve para defender su otra gran cruzada: la idea de que solo los arqueólogos profesionales estaban capacitados para entender el verdadero significado de los restos prehispánicos. Su trabajo concienzudo y minucioso contrastaría con el enfoque displicente

en la casa de Martín Flores García (ver más adelante), pero sin dar más detalles (Tello, *Chavín de Huántar*, p. 153).

<sup>32</sup> Este monolito es uno de los objetos que con mayor fuerza condensa la ambigüedad respecto de la aprobación de la puesta en valor del patrimonio cultural. El obelisco fue trasladado a Lima por orden del presidente José Pardo, en 1919, «por la vía terrestre, a cargo del ayudante de la expedición universitaria, don Ángel Torres, quien con varios hombres lo hizo trasladar en parihuela por el camino de Kawash a Recuay y Ajía, y de aquí hasta el puerto de Huarmey, donde se embarcó destino al Callao». Ya en ese momento faltaba un pedazo de la parte superior, que Tello encontró en 1919 en las inmediaciones del área donde se ubicó el monolito. En los años ochenta y noventa, el regreso de la pieza fue objeto de demandas y negociaciones, hasta que finalmente se llevó a cabo en 2009, meses después de la apertura del Museo Nacional de Chavín. A pesar de esto, en dicha localidad existen aún quejas, tanto de quienes piensan que el obelisco regresado «es falso», como de quienes acusan a los arqueólogos de «haberlo roto».

<sup>33</sup> Antúnez de Mayolo, «A propósito del castillo de Chavín».

<sup>34</sup> Tello, *Chavín de Huántar*, p. 172.



de otros especialistas aficionados, fueran viajeros o sabios locales. «Las informaciones escritas que existen sobre este ídolo son incompletas y defectuosas, en unos casos, y falsas en otros», señala en una velada alusión a las teorías de Antúnez de Mayolo y otros autores que habían escrito sobre el lanzón. Tello agrega que aquellas «no dan sino una idea vaga y lejana de lo que en realidad es esta admirable piedra escultórica, única en su clase, tanto por la calidad del trabajo y el material empleado, cuanto por su alto significado histórico».<sup>35</sup>

El lanzón es el punto de partida de *Wira-Kocha*, libro publicado en 1923, donde Tello plantea por primera vez el papel central de Chavín en la prehistoria peruana.<sup>36</sup> La principal tesis es el papel de la religión como argamasa de la cultura andina. Esta idea se refuerza durante la segunda expedición de Tello a Chavín, en 1934. En esta ocasión, el contexto es muy distinto que el del primer viaje. Después de haber conocido el éxito durante la década anterior, Tello se encuentra en una de las encrucijadas más difíciles de su carrera. Tras la caída del gobierno de Augusto B. Leguía, sufre duros ataques en la prensa, que ponen en duda la ética de su trabajo. Poco después, es apartado de sus cargos oficiales y pierde su posición como referente institucional de la arqueología peruana. En respuesta, inicia una serie de viajes por distintos lugares del país, tratando de evitar que sus rivales se apropien de su legado intelectual. En 1933, excava con gran éxito en Nepeña y Cerro Blanco, donde cree encontrar los restos de un gran templo de la cultura Chavín.

La segunda expedición a Chavín es parte de este esfuerzo por defender su posición central en la arqueología peruana. La partida incluye, entre otros, a Cornelius Van S. Roosevelt, alumno de la Universidad de Washington, que posteriormente tendrá una destacada intervención

<sup>35</sup> Ib., loc. cit. Tello habría sido el primero en ver íntegro el lanzón tras excavar la parte inferior del monolito, hasta ese momento enterrada. Los dibujos y descripciones anteriores, realizados por Raimondi, Polo, Middendorf y Wiener, se basaban únicamente en miradas superficiales y eran, por lo tanto, inadecuados para el debate científico sobre su significado.

<sup>36</sup> Tello, Julio C. *Wira-Kocha*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1923 (se trata de un reimpresso de la *Revista Inka*).

en la promoción de Chavín como referente de la prehistoria peruana.<sup>37</sup> También participan Pedro Vega y Augusto Soriano, del Museo de Huaraz, y Toribio Mejía y Vicente Segura Núñez, ayudantes de Tello desde largo tiempo atrás. Esta composición es un reflejo de los aliados de este último en su pugna por el control de la arqueología peruana. Se trata de una heterogénea mezcla de universitarios norteamericanos, ayudantes de confianza y eruditos de provincias. Otro elemento importante en la estrategia de Tello es la cobertura periodística. Solo en un mes, *El Comercio* publica doce artículos sobre los pormenores del viaje y sus principales descubrimientos. A diferencia de 1919, en esta ocasión sí se realizan excavaciones en profundidad, que sacan a la luz los restos de dos diferentes estilos de cerámica, a los que Tello denomina «Chavín clásico» y «Kenash». Estos hallazgos sirven para reforzar sus teorías sobre la antigüedad de Chavín, frente a los recientes descubrimientos de otros arqueólogos en la costa peruana, que cuestionan su papel central en la prehistoria del país. Según Tello, los restos cerámicos recién descubiertos «desvirtúa[n] la creencia [...] de que la cerámica incisa de estilo Chavín que aparece en la costa como Chicama, Moche, Virú y Santa, es de origen yunga o litoral, cuyo foco originario lo sitúan, equivocada o intencionalmente, en la estrecha y estéril quebrada de Cupisnique, donde, en realidad, jamás hubo trazas de auge cultural».<sup>38</sup>

La expedición de 1934 permite a Tello relanzar su carrera. En los siguientes años, publica una serie de artículos y libros que consolidan su prestigio internacional y terminan de dar forma a sus teorías sobre el pasado peruano.<sup>39</sup> La expedición supone también un paso adelante para su trabajo de reordenamiento del sitio arqueológico. Tello se muestra profundamente preocupado por el mal estado de las ruinas. Desde su

<sup>37</sup> Van S. Roosevelt, Cornelius. «Ancient Civilization of the Santa Valley and Chavin». *Geographical Review*. 25 (1935), pp. 21-42.

<sup>38</sup> Tello, *Chavín de Huántar*, p. 68.

<sup>39</sup> Ver Tello, Julio C. «Origen y desarrollo de las civilizaciones prehispánicas andinas». En *Actas y trabajos científicos del XXVII Congreso Internacional de Americanistas, Lima, 1939*. Lima: Librería e Imprenta Gil S.A., 1942, t. I, pp. 589-714; y «Discovery of Chavín de Huántar». *American Antiquity*. IX/1 (1943), pp. 136-160.

punto de vista, la responsabilidad principal sería de la población local, cuya displicencia amenazaría con la total desaparición del monumento. «Cualquier arqueólogo, sea peruano o extranjero, que visita las ruinas del templo —señala— queda asombrado por la cantidad de obras escultóricas que yacen abandonadas por doquier, y aún horrorizado por la forma como son tratadas por las gentes del lugar». <sup>40</sup> Esta ofensiva en contra de la población local se hace más intensa en los siguientes años, cuando Tello pone en marcha la que debía ser la obra culminante de su intervención en Chavín: la creación de un museo para albergar las piezas arqueológicas más valiosas, bajo la protección del Estado peruano.

#### LA CREACIÓN DEL MUSEO DE CHAVÍN

Los ataques de Tello contra el intrusismo profesional se intensifican en la segunda mitad de los años treinta. Las críticas no se limitan a la población rural. También incluyen a otros especialistas, a quienes considera poco cuidadosos o directamente un peligro para la preservación del monumento. Uno de sus objetivos habituales es Santiago Antúñez de Mayolo, con quien en varias ocasiones se había enfrentado previamente. Tello responsabiliza a Antúñez de Mayolo de algunos de los daños más severos ocurridos en Chavín. La crítica alcanza también a Wendell Bennett, arqueólogo norteamericano que en 1938 realiza excavaciones en la localidad. Con respecto al trabajo de ambos, Tello comenta lo siguiente:

Según referencias de los pobladores de Chavín, es en esta depresión o pasaje de unión de ambos edificios donde el ingeniero Santiago Antúñez de Mayolo realizó una excavación en marzo de 1934, y otra en el mismo sitio Wendell Bennett, cuyos vestigios se aprecian fácilmente. Nada se puede sacar a la luz de las huellas dejadas por la primera excavación, porque el corte practicado, deshaciendo la estructura del muro, en el afán, sin duda, de buscar alguna entrada al interior de uno u otro de los edificios, no dio resultados favorables. En la segunda excavación se hizo otro corte, poniendo al descubierto una de la paredes bajas con revestimiento de arcilla quemada, pero, a pesar de este interesante hallazgo, no se continuó la apertura de una escalinata

<sup>40</sup> Tello, Julio C. «Fundación del Museo de Chavín». *La Tribuna* (1 de noviembre de 1961). El artículo apareció originalmente en 1946.

que avanza hacia el centro del montículo. Nuevas excavaciones arrojarán seguramente, en el porvenir, datos más ilustrativos sobre estos dos edificios tan malamente tratados.<sup>41</sup>

Estas críticas son parte de un esfuerzo más amplio de Tello para consolidar su control sobre las ruinas. Ante el creciente interés nacional e internacional por Chavín, Tello pretende evitar que otros investigadores se apropien de un sitio arqueológico que considera propio. Su estrategia apunta también a asegurar a los arqueólogos peruanos el carácter de únicos intérpretes autorizados del pasado prehispánico, frente a las pretensiones de otros especialistas, a quienes considera «aficionados», poco sensibles o poco preparados. Sin embargo, este radicalismo discursivo contrasta con una actitud mucho más flexible en la práctica. Sus expediciones cuentan con recursos limitados, por lo que se ve obligado a recurrir a una red de aliados locales para poder cumplir sus objetivos. En algunos casos, utiliza mano de obra, o incluso alumnos de las escuelas locales, para ayudar en las excavaciones. En otros, la colaboración es más estrecha. En Chavín, como en otras partes del Perú, Tello se rodea de seguidores del lugar, que le profesan una lealtad a toda prueba. Entre ellos destaca Martín Flores García, probablemente el colaborador más importante de Tello en esta etapa de su carrera. Su historia es importante porque es muy representativa del perfil de seguidores que el famoso arqueólogo tenía en el interior del país.

Flores reúne arraigo local, curiosidad, espíritu de trabajo y una cierta preparación autodidacta. Como Tello, tiene un carácter apasionado y confrontacional, y está animado por un acendrado espíritu nacionalista. Según su propio relato, su familia había estado vinculada a las ruinas durante generaciones. En 1860, su abuelo habría adquirido por siete mil soles la propiedad del castillo, «valorando las piedras labradas y pulidas de sus huacas».<sup>42</sup> Cuando conoce a Tello, su colección privada reúne ya numerosos vestigios, incluyendo una de las cabezas clavos que en algún

<sup>41</sup> Tello, *Chavín de Huántar*, p. 80.

<sup>42</sup> Flores García, Martín. «Genealogía del dios supremo de la civilización Chavín según el misterioso personaje ilustrado en el lanzón monolítico». *La Tribuna* (23 de julio

momento adornaron el Rumichaka.<sup>43</sup> En 1929, junto con Humberto Hidalgo, Flores excava varias tumbas prehispánicas en la zona que posteriormente Tello identificaría como la necrópolis de Chavín. Cinco años después, descubren lo que consideran «el ara sagrada del monumento».<sup>44</sup> Estas actividades le permiten a Flores consolidarse como un referente local. Es el encargado, entre otras cosas, de agasajar a los visitantes famosos que llegaban a Chavín para conocer de primera mano las ruinas. Luis Alayza y Paz Soldán, quien lo conoció en estas funciones, lo califica en uno de sus artículos como «uno de nuestros más destacados estudiosos de la arqueología nacional, amable, inteligente y entusiasta».<sup>45</sup>

Flores es un ejemplo del intelectual local que, con el tiempo, se encargaría de extender por todo el país la leyenda de Tello. Su admiración por el maestro se plasma en decenas de artículos escritos en su calidad de corresponsal de *El Comercio*, así como en otros medios locales y nacionales. Estos textos están redactados con un estilo grandilocuente y colorido. Con frecuencia, mezcla referencias científicas, leyendas locales y reflexiones sobre los mitos y la toponimia asociados a los lugares arqueológicos.<sup>46</sup> Uno de sus temas recurrentes, en la línea de Tello, es el de los reclamos por una mayor intervención estatal. En 1937, señala en este sentido: «Hace diez años que Chavín suplica auxilio. Nadie le oye. Enfermo tan ilustre y glorioso no encuentra piedad, menos justicia. Y el crimen avanza, incontenible. Su agonía, día a día, toca a su fin».<sup>47</sup> Esta línea crítica y emocional se mantiene en los trabajos estrictamente arqueológicos. Flores es un ferviente seguidor de las teorías de Tello. Esta devoción le lleva

de 1957); y Espejo Núñez, Julio. «Chavín: Presencia mística de un Perú milenario». *La Tribuna* (30 de enero de 1958).

<sup>43</sup> Tello, *Chavín de Huántar*, p. 153.

<sup>44</sup> Flores García, Martín. «Ha sido descubierta el ara sagrada del monumento de Chavín». *El Comercio* (5 de julio de 1936).

<sup>45</sup> Alayza y Paz Soldán, Luis. «En las Breñas del Perú. Chavín». *El Comercio* (28 de julio de 1943).

<sup>46</sup> Ver, por ejemplo, Flores García, Martín. «Chavín: Nombre y etimología». *La Tribuna* (19 de julio de 1960); y «Visitando las ruinas prehistóricas de Palla Marka. Una ciudad alegre de tiempos remotos». *El Comercio* (9 de febrero de 1952).

<sup>47</sup> Flores García, «La destrucción del castillo de Chavín».

a criticar, con palabras muy duras, a quienes cuestionan a su maestro. Para Flores, estos últimos no buscaban debatir asuntos metodológicos o acerca de la interpretación de las ruinas, sino que, «protegidos por la oscuridad y la ninguna vigilancia», ponían en práctica «su eterna tarea de desperuanización». <sup>48</sup> Incluso en los años sesenta, cuando el hallazgo de Kotosh cuestiona la centralidad de Chavín en la prehistoria peruana, Flores sostiene que su localidad natal debía ser vista como «la cuna de la cultura e hito generatriz de la historia humana en nuestro continente». <sup>49</sup>

Tello es un referente profesional e ideológico, que marca de manera decisiva la personalidad y la carrera de Martín Flores. Más que un colaborador, Flores es un discípulo, en el sentido profundo y casi religioso de la palabra. Un caso similar es Marino Gonzales, quien tendrá un papel muy destacado en la salvaguarda de Chavín en las décadas posteriores. Aunque sus nombres casi nunca aparecen en los relatos canónicos de la arqueología peruana, estos colaboradores locales son claves para entender el trabajo de Tello en Chavín. En 1940, con el apoyo de decenas de obreros del lugar, el arqueólogo modifica el curso del río Puckcha. La corriente había deteriorado los cimientos y amenazaba con derrumbar el monumento. Poco después, ordena realizar moldes de 52 piezas escultóricas. Estas intervenciones son parte de un plan de preservación cuyo punto culminante es la construcción de un museo en las cercanías del monumento. Este era un proyecto que Tello acariciaba desde su primera visita a Chavín, pero que hasta ese momento no había podido realizar por carecer de recursos y aliados locales. Para Tello, la construcción de este museo era «un deber elemental de patriotismo y nacionalismo». <sup>50</sup> Dicho lugar debía convertirse en «un recinto sagrado para los arqueólogos y los profanos», en el que se reunirían «todas las obras escultóricas

<sup>48</sup> Flores García, Martín. «Se halla en un completo abandono el monumento de El Castillo de Chavín». *El Comercio* (21 de mayo de 1934); y «Paredes del castillo de Chavín se caen a causa de las lluvias». *El Comercio* (10 de mayo de 1934).

<sup>49</sup> Flores García, Martín. «¿Es Kotosh más antiguo que Chavín?». *La Tribuna* (19 de noviembre de 1961); y «Tras las huellas arqueológicas de Ancash: El Tahuantinsuyo, un brote de la cultura Chavín». *La Tribuna* (10 de marzo de 1960).

<sup>50</sup> Tello, «Fundación del Museo de Chavín».

y artísticas del hombre primitivo que forjó su patria en aquel rincón del territorio nacional». <sup>51</sup>

La construcción del museo es un éxito para Tello, pero tiene un significado ambiguo para Chavín. Es la culminación de un proceso de varias décadas de apropiación y valorización de las ruinas, pero al mismo tiempo supone que los vestigios escapan definitivamente de la esfera de control de los actores locales. La iniciativa cuenta con el apoyo de quienes, como Martín Flores y Marino Gonzales, asumen la retórica nacionalista de Tello. En el lado opuesto se sitúan otros actores locales, como Hidalgo, quien recibe muy fríamente la iniciativa de Tello, la cual pone fin a su propia propuesta de exhibición bajo control de la municipalidad. El arqueólogo ordena trasladar las piezas que Hidalgo había colocado en la plaza de armas de Chavín. <sup>52</sup> Otras piezas son donadas por sus propietarios o compradas directamente por Tello y sus aliados. <sup>53</sup> En total, el museo logra reunir más de un centenar de piezas, entre cabezas clavas, fragmentos de estelas, objetos de piedra, trozos de cerámica y restos humanos. El lugar elegido para la construcción es la antigua capilla de la Cruz de Mayo, en la ribera opuesta del Mosna.

## EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

La inauguración del museo de Chavín el 11 de diciembre de 1940 es el punto culminante del trabajo de Tello. Es también un ejemplo de la manera en que los proyectos patrimoniales de las elites nacionales y locales se engarzan de manera compleja. Sin embargo, la historia no tiene un final feliz. El 17 de enero de 1945, «una mañana lluviosa y triste, como suelen ser las mañanas de la sierra», un torrente de piedras, lodo y agua, causado por el desborde de las lagunas altoandinas, arrasa la localidad. <sup>54</sup> La catástrofe comienza «con un ruido como de truenos,

<sup>51</sup> Ib.

<sup>52</sup> Moreno Trujillo, Aquilino. «La preservación del tesoro arqueológico de Chavín». *El Comercio* (14 de julio de 1954).

<sup>53</sup> Tello, *Chavín de Huántar*, p. 153.

<sup>54</sup> Coral García, «El desastre de Chavín». Las demás citas de este párrafo, salvo que se señale lo contrario, proceden de esta fuente. El reporte más detallado del aluvión se

tenue al principio, luego sintiéndose más». Rápidamente, el caos se apodera del pueblo. Algunos vecinos huyen a los cerros, otros tratan de rescatar sus posesiones. Un testigo señala haber visto a un hombre que «rompía desesperadamente, con una inmensa piedra, la cerradura de la cárcel pública para salvar a su hermano, que se halla[ba] detenido». La zona arqueológica tampoco se salva del desastre. «La polvareda, al avanzar —continúa el relato—, dejó ver la primera gran ola de agua, que al desembocar de la estrecha quebrada barrió el sector del castillo, inclusive el Museo de Arqueología, que ocupaba un edificio en la parte más alta del lugar». Con esta destrucción, señala Tello poco después, «se dispó el ensueño del arqueólogo, se truncó el porvenir del campesino». <sup>55</sup>

La avalancha supone el final de una etapa para Chavín. Tello se encuentra ya al final de su vida y nunca retomaré los trabajos. En los días siguientes, los vecinos inician las tareas de reconstrucción en un ambiente de precariedad y temor, ante la posibilidad de nuevas avalanchas. <sup>56</sup> Por iniciativa de las autoridades, el centro de la localidad se traslada unos cientos de metros ladera arriba. Peor suerte corren las piezas reunidas por Tello en el museo de la Cruz de Mayo. Arrastradas por la corriente, la mayoría desaparece o se rompe en pedazos. Algunas se recuperarán en los años siguientes, otras se pierden para siempre.

Chavín es una pieza central de la historia de la arqueología en el Perú. Sin embargo, este artículo ha mostrado que la historia temprana de dicha disciplina en el país es más compleja que la presentada por las narrativas canónicas de la arqueología, que enfatizan el papel heroico de los arqueólogos frente a la indiferencia o el carácter destructivo de la población local. También es más compleja que el relato promovido por la corriente crítica de historiadores de la arqueología, que presentan la extensión de la disciplina como parte de un proyecto de colonización interna de las elites limeñas. Aunque difieren en su valoración, ambos relatos coinciden en presentar la patrimonialización del legado prehispánico como

encuentra en Indacochea, G. y M. Iberico. «Aluvionamiento de Chavín de Huántar el 17 de enero de 1945». *Boletín de la Sociedad Geológica del Perú*. 20 (1947), pp. 21-28.

<sup>55</sup> Tello, «Fundación del Museo de Chavín».

<sup>56</sup> Vidal Martínez, Leopoldo. «De Chavín». *La Prensa* (2 de marzo de 1945).



un proceso impuesto desde el centro hacia la periferia. En este sentido, hemos visto que, efectivamente, la posición predominante de Chavín es el resultado de un proceso iniciado con los viajes del siglo XIX y continuado con los trabajos de Raimondi y Tello. Las expediciones de este último a Chavín son claves para la historia de la arqueología peruana. Configuran los discursos centrales sobre el pasado del país y, al mismo tiempo, permiten desarrollar una serie de narrativas sobre la función social de la arqueología y el papel predominante de los arqueólogos en el tratamiento de las ruinas prehispánicas. Esta mirada se apoya en buena medida en un discurso que resalta la indiferencia de la población local hacia las ruinas o su carácter abiertamente destructivo. Ejemplos como los Martín Flores o Humberto Hidalgo muestran, sin embargo, que esto no es enteramente cierto. En paralelo al interés de los arqueólogos oficiales, en Chavín existen también iniciativas locales de investigación y protección del legado arqueológico. Los actores locales cumplen un papel activo en la labor de mejoramiento de los vestigios, participan en las pugnas por apropiarse del valor material y simbólico de los restos, y contribuyen a la articulación de discursos sobre los mismos.

Los avatares de esta primera etapa de exploraciones en Chavín muestran la interacción entre diferentes agendas —personales, profesionales y políticas—, con actores diferentes, que en ocasiones cooperan entre ellos y en otras entran en competencia por el control de los restos prehispánicos. Junto con el proyecto patrimonializador impulsado por las elites culturales de Lima, en Chavín encontramos también proyectos similares promovidos por las elites locales. Huaqueros y traficantes de arte conviven con sabios locales y autoridades municipales dispuestas a promover iniciativas para la conservación de las ruinas. Existen, por lo tanto, múltiples formas locales de apreciación, que no se reducen a los «proyectos neocoloniales» de las elites nacionales, ni tampoco al mero uso utilitario de las ruinas resaltado insistentemente por los viajeros que visitan Chavín.

La labor de Tello se inserta en este contexto de agendas entrecruzadas. Su trabajo cuenta con el apoyo de colaboradores locales, pero también despierta resistencias y reticencias. La propia figura de Tello sigue siendo

ambigua para los habitantes de Chavín.<sup>57</sup> Su canonización oficial convive con un legado más conflictivo, que recién empieza a debatirse. En este sentido, Chavín no ha quedado al margen de la actual ola de reclamos de repatriación del patrimonio cultural trasladado a Lima por los arqueólogos del siglo pasado. En 2009 se produce el retorno del monolito Tello y ya existen negociaciones para la restitución de la estela Raimondi. El resultado es una tensión soterrada, que se trasluce en escenas como la relatada al inicio de este artículo. El doble filo de la arqueología —como proyecto hegemónico pero también como herramienta de reivindicación local— sigue siendo evidente en Chavín.

---

<sup>57</sup> Este es un tema que aparece de manera constante en las entrevistas y grupos focales realizados en Chavín en marzo de 2010 en el marco del proyecto «Arqueología, museos y desarrollo», financiado por la Fundación Carolina y el Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural-RIMISP. Los resultados de este proyecto (aunque no las referencias a Tello) se pueden encontrar en Hernández Asensio, Raúl y Adriana Arista. *Arqueología, museos y desarrollo en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2011.